

Función explicativa de la Historia, historias locales y el metarrelato identitario del conflicto vasco

Manuel Montero

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Los encuentros que reflexionan sobre nuestra situación historiográfica suelen ser abundantes, «es una costumbre que se reitera con llamativa frecuencia»¹. También las evaluaciones suelen ser reiterativas. En los diagnósticos, abundan las quejas sobre los déficits. Aun así, la producción historiográfica española presenta actualmente investigaciones diversas y rigurosas, está formando redes interuniversitarias y entablando contactos internacionales que antes eran excepcionales. Las reuniones científicas son frecuentes y las revistas en las que se difunden las investigaciones están mejorando sus criterios de selección.

Con sus déficits y tareas pendientes, nuestra historiografía vive un buen momento. Escasean las obras explicativas de los grandes procesos nacionales, pero lo compensan las nuevas perspectivas, que ahondan en una amplísima gama de materias (cultura, ecología, la historia urbana, vida cotidiana, historia del género, etc.).

No impide lo anterior que debamos referirnos a algunas carencias. ¿Ha desaparecido la ambición explicativa de la historia? Genéricamente cabe aplicar a toda la disciplina la consideración según la cual «las ambiciones explicativas de la historia socioeconómica [...] se han frenado en los últimos años»². Tal preocupación no se ha desvanecido, pero se ha impuesto la fragmentación temática y espacial, con sus metodologías especializadas. No suelen integrarse en visiones globales o lo hacen de forma renuente. Los congresos de Historia Contemporánea presentan una extraordinaria parcelación en talleres bien diferenciados, que se desenvuelven con serios criterios científicos y metodológicos. Queda la duda de si tal desenvoltura coincide con similar capacidad de integrar la interpretación en la del periodo estudiado o en una visión más amplia.

La fragmentación de la disciplina ha llevado a desarrollos paralelos de áreas concebidas como campos específicos de investigación, cuyo armazón conceptual suele separarse de unas nociones generales. Por esta vía, la función explicativa de la historia puede diluirse, partiéndose en migajas. Eso sí, la especialización no es en sí misma negativa: ha aportado excelen-

1 Carlos FORCADELL: «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia histórica. Historia contemporánea*, 13-14 (1995-1996), pp. 7-27

2 Edward ACTON / Ismael SAZ: *La transición a la política de masas*, Valencia, PUV, 2001.

tes planteamientos y desarrollos. «La especialización en ramas diferentes, el descubrimiento de nuevos objetos, la seducción de las disciplinas vecinas no amenazan de fragmentación al territorio del historiador: este, al contrario, amplía sus fronteras y sigue anexionando nuevas demarcaciones»³. El problema radica en las dificultades de llegar a la visión general, pues muy pocas veces se aborda el intento de la síntesis a partir de las versiones especializadas.

En la fragmentación de los análisis juegan un papel de primer orden las visiones regionales, que sustituyen a la historiografía tradicional de referencia nacional. «La regionalización del análisis histórico [...] es la vía que lleva más intensa y acusadamente a la historiografía española a la fragmentación del hecho histórico»⁴. No es una perspectiva necesariamente inadecuada: lo local y lo regional permiten comprender lo que sucede en otros niveles. Lo cierto es que en España la mayoría de las investigaciones son hoy básicamente locales, sin que se haya dado paso a la visión conjunta. Suelen también tener una lectura política. La elección del marco español suele interpretarse a veces como un síntoma de nacionalismo español, pese a que hace inteligibles procesos históricos fundamentales, tales como la industrialización (incomprensible sin la formación de un mercado nacional), la gestación de la sociedad de masas o la construcción de los referentes ideológicos o culturales, que suelen ser elementos compartidos.

Además, apenas se han realizado estudios comparados. Tenemos así análisis paralelos de procesos similares sin referencias comunes. Los mismos fenómenos son estudiados para distintas localidades y/o regiones sin que se establezca un marco común.

Pese a todo, con los déficits señalados, la historiografía goza de buena salud, a tenor por la abundancia y calidad contrastadas. En sí mismas, las perspectivas locales aportan perspectivas comprensivas y, por ende, no se apartan de la voluntad explicativa de la historia.

Las historias de las autonomías

Hay otro punto de vista, menos halagüeño. En las últimas décadas ha mejorado notablemente el conocimiento de la historia local, pero esto no ha hecho mella en las historias que difunden las autonomías. Tienen su propio desenvolvimiento. En la mayoría de los casos, tales interpretaciones se gestaron tras nacer las autonomías y venían a legitimarlas. «Confundir meros límites geográficos con visiones ontologizantes [...] conduce a la confusión entre objeto científico y categorías historiográficas»⁵, pero el problema es tanto mayor por cuanto tales versiones suelen seguir criterios políticos y pseudocientíficos. Buscan asentar las identidades locales.

Sucede en las autonomías nacionalistas y en las que no lo son. Unas y otras priman el localismo. Identifican la autonomía con el todo, la tratan como el ámbito que explica plenamente la historia. España tiende a desaparecer del relato y solo surge ocasionalmente, y de forma no siempre positiva. El marco referencial es la región y constituye una versión radicalizada del concepto según el cual «la recuperación del pasado tenía por fin crear valores sociales

³ Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA: *Tendencias historiográficas actuales*, Madrid, Akal, 2004, p. 267.

⁴ Carlos FORCADELL: *op. cit.*, p. 15.

⁵ Gonzalo PASAMAR / Ignacio PEIRÓ: «Historia nacional e historia local: problemas epistemológicos y práctica social en España», *Encuentro sobre Historia Contemporánea de las Tierras Turolenses*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1986, pp. 29-48.



Manuel Montero, entre Eloy Fernández Clemente y José Luis Batalla. Parainfancia de la Universidad de Zaragoza, 2018.

compartidos»⁶ sobre todo porque no necesariamente comporta una recuperación del pasado, sino una reconstrucción histórica ideologizada.

Para legitimarla, según estos metarrelatos tal autonomía siempre hunde sus raíces en el pasado. Le sugieren una marcada personalidad, ensalzando sus aportaciones a lo largo de los siglos. El esquema, esencialista, sería rechazado si se aplicase a España como nación con aportaciones linealmente positivas en política, cultura o cualquier ámbito⁷. En tales imágenes, las comunidades autónomas actuales preexisten como entidades desde la noche de los tiempos y vienen a ser la mera realización histórica de una determinada personalidad, a partir de estereotipos que se emplean con profusión.

Los metarrelatos autonómicos se construyen sobre una estructura interpretativa inspirada en paradigmas religiosos. Desarrollan las tres fases bíblicas de paraíso-caída-redención de la ver-

⁶ Enrique FLORESCANO: *La función social de la historia*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 8.

⁷ Manuel MONTERO: «La política y la historia. La enseñanza de la historia de España», en Porfirio SANZ / Jesús M. MOLE-RO / David RODRÍGUEZ (eds.): *La historia en el aula. Innovación docente y enseñanza de la historia en la educación secundaria*, Lleida, Milenio, 2017, pp. 45-62.

sión clásica⁸: idealización de una edad dorada, remota, cuyas excelencias se perdieron por culpa de fuerzas ajenas, recuperadas al restaurarse las autenticidades originales.

Prehistoria, antigüedad y/o medioevo: tales periodos juegan el papel fundacional, el origen de la comunidad, presentada como un espacio social lleno de autenticidad, una comunidad ideal, estática, formada al margen de circunstancias históricas. Aparentemente el ideal sería vivir fuera de la historia, en una especie de comunidad antropológica de carácter popular⁹.

Lo que puede considerarse la caída, por contraste con el mundo primigenio, tiene que ver con factores exógenos. Suele asociarse a la monarquía: intolerancia, centralización, esquemas negativos (latifundios, abandono político, desigualdades sociales). La comunidad queda desamparada, pues la privan de sus formas tradicionales de organización.

Por lo común, la Edad Moderna aparece en las visiones autonómicas como una época de sombras, de anulación o aminoramiento de la personalidad. Luego llega la resurrección. El periodo de luz queda asociado a la recuperación de la democracia, pero no por los valores de libertad, pluralismo o poder representativo. Lo fundamental es la descentralización y formación de la autonomía, que trae el progreso para la comunidad y con ello la esperanza en un futuro del que había sido privada durante siglos¹⁰.

El esquema bíblico está también en las historias de las autonomías nacionalistas, si bien prolongan en el tiempo la idealización de los orígenes medievales e identifican la caída con concretas circunstancias políticas (la guerra de Sucesión en Cataluña, la abolición de los fueros en el País Vasco). Muestran la recuperación como la propagación de una conciencia nacional o como una meta, de la que la autonomía solo sería un primer paso.

Sirva lo anterior para referirnos al papel de los metarrelatos locales. Lo advirtió Juan José Carreras¹¹. Tras el fin de los grandes relatos con la llegada de la posmodernidad, caducaban las perspectivas clásicas y solo quedarían dos alternativas: el que se vería como superador de las dimensiones nacionales; y las contrahistorias, las de las minorías discriminadas por raza o género; y, sobre todo, la territorialización, el cambio de escala, desde la nación a la localidad o a las regiones.

El (aparente) final de los metarrelatos clásicos da lugar a la aparición de los locales, culturas narrativas con pretensión de veracidad, deconstrucción acrítica y voluntad de explicarlo todo. Es la narración global que da respuesta a toda contingencia y acoge el discurso político. Los grandes relatos han sido sustituidos por los pequeños, con igual pretensión de explicación arquetípica y completa, capaz de acoger y dar sentido a las historias más diversas.

Hay una contradicción, y si se quiere un fracaso: la posmodernidad venía a negar o superar las rotundidades tradicionales, sustituidas por el pensamiento frágil que escapara al dogmatismo, pero por la vía de la proximidad local y su prestigio como interpretación alternativa aca-

⁸ John GRAY: *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Madrid, Sexto Piso, 2017, p. 24.

⁹ Manuel MONTERO: «El pasado que se difunde y sus usos públicos. La construcción autonómica de la historia de España», en Ander DELGADO / Antonio RIVERA (eds.): *¿Qué saben de su historia nuestros jóvenes? Enseñanza de la historia e identidad nacional*, Granada, Comarfes, 2018, pp. 17-38.

¹⁰ Vid. Manuel ROMERO: «Sembrando la diferencia. Radiografía del escándalo silencioso que va minando España», *El Mundo* (20-26 de noviembre de 2007).

¹¹ Juan José CARRERAS: «Alternativas territoriales a los metarrelatos nacionales», en Carlos FORCADELL Carlos / María Cruz ROMEO (eds.): *Provincia y nación: los territorios del liberalismo*, Madrid, IFC / CSIC, 2006, pp. 313-320.

ba creando un conjunto de creencias sobre el pasado que se está demostrando invulnerable a la acción del historiador.

El metarrelato del conflicto vasco

Valga de ejemplo lo que sucede con las interpretaciones del pasado vasco. Cabe asegurar que la historiografía vasca goza de buena salud y que lo hace desde hace varias décadas, con una producción amplia, científicamente contrastada. Es una historiografía con amplia presencia pública y sin las derivas fantasiosas u obsesivas que encontramos en algunas historiografías de referencia local o identitarias. Y, sin embargo, sus producciones no hacen mella socialmente. El pasado que se difunde públicamente, en el que cree la gente –en el País Vasco el pasado es objeto de creencia e incluso de culto, pues se basa en la fe– responde a criterios bien distintos a los que sigue la historiografía tradicional e incurre con frecuencia en la supervivencia del mito.

Contra lo que sucede con la mayoría de las historias autonómicas, este metarrelato no es reciente, tiene cierto pedigrí. Sus arquetipos básicos son del XIX e incluso podemos rastrear antes el origen de algunos elementos. Eso sí: obedece plenamente al esquema bíblico descrito, el del paraíso, caída y resurrección.

El paraíso sería el País Vasco hasta la abolición foral, una bonanza histórica que daba por suelta la soberanía originaria, según el esquema formulado ya en el XVIII. Novedad de fines del XX: incorpora la prehistoria y la milenaria existencia del pueblo vasco como elementos identitarios. La antigüedad se convierte en justificación política, con el imaginario de la creación neolítica de cultura, lengua, modo de ser... Un país milenario de 7000 años, en esto la cronología de origen político es precisa.

Otro estereotipo fundamental: el fuero y la «unión política» con España fue producto de un pacto, se sobreentiende que entre soberanías de similar naturaleza. La caída: la abolición de los fueros, que en el metarrelato clásico del nacionalismo se debería a la ruptura unilateral del pacto por los españoles. Los vascos, siempre cumplidores de su palabra, quedarían así liberados de compromisos y en plena libertad de actuar: cualquier respuesta quedaría justificada. En el planteamiento, no cuentan la democracia o el pluralismo, etc., tan solo las nociones de pueblos esencialistas dotados de personalidades propias, equiparados a personas en el pleno sentido del término.

De ahí la lucha que siguió a la caída, que no se produce por un pecado propio sino ajeno. Es consecuencia de una acción ajena perversa.

La resurrección ha tenido diversas variantes. La primera, años treinta, la identificaba con la aparición del nacionalismo, que no sería periodo de resurrección sino resurrección propiamente dicha. Sin romper con el estereotipo, el paraíso no será actualmente la independencia sino la construcción nacional de la sociedad vasca, esto es, el triunfo identitario del pueblo vasco.

Lo importante es el mecanismo legitimador: ruptura del pacto, reacción legítima. En este esquema, el pacto de Lizarras se debió a que los «enemigos del pueblo vasco» habían roto el pacto estatutario. Todo queda justificado apelando a conceptos historicistas. ¿Hay problemas con el concierto económico? Quedaríamos (los vascos) facultados para cualquier iniciativa y ruptura, pues han roto con un pacto. El nacionalismo moderado discrepaba de la violencia terrorista, pero la comprendía y en épocas la respetaba, habida cuenta las sucesivas traiciones españolas.

El metarrelato clásico acoge distintas variantes. El actual, omnicompreensivo, también explica pasado, presente y futuro. Gira en torno al concepto «conflicto vasco»¹² (Molina, 2015). Afirmas presuntas verdades, entendidas como objetivas e incuestionables: el pueblo vasco ocupa siete territorios cuya forja como comunidad política es irrenunciable. La pérdida de territorialidad y soberanía se debió a la invasión, básicamente española, que acabó con la independencia y procedió a despojar de su identidad milenaria a los vascos. Estos tienen una única lengua, el euskera, seña de identidad, por lo que la euskaldunización es prioritaria. Tales objetivos se convierten en la empresa colectiva de los vascos y obligación de partidos y organizaciones nacionalistas, es decir nacionales.

El conflicto se convierte en el hilo conductor de la narración. Justifica luchas, formulaciones políticas, la agresividad ideológica y la descalificación del franquismo pero también la reprobación de la democracia, desde este punto de vista continuidad de la voluntad opresora; cabe descalificar la democracia, la constitución, también la autonomía, pues puede constituir (según las coyunturas) un elemento de la supresión de los rasgos nacionales. De ahí que la transición fuese un desastre, al no llevar a la construcción nacional.

El metarrelato del conflicto guía la narración del periodista, del tertuliano, del político... Acoje también los actuales despropósitos sobre el relato del terrorismo.

En este metarrelato el conflicto constituye un concepto de carácter mítico, no asumible por la historiografía científica.

Los metarrelatos de cariz identitario presentan gran capacidad de resistencia. Cientos de artículos especializados sobre el pluralismo vasco, por ejemplo, son socialmente menos eficaces que un breve documental sobre el «genocidio» que representó el bombardeo de Gernika, presentado como manifestación de un conflicto vasco secular. Tiene éxito porque apela al sentimiento, conecta con visiones prepolíticas, exalta «lo nuestro» y propone una historia lineal sin complicaciones conceptuales.

Actualmente, en el País Vasco la historia académica está librando un combate sobre el relato del periodo terrorista¹³. Tiene enfrente a un revisionismo peculiar, que podríamos llamar postterrorista, si el término no se entiende como una sucesión cronológica sino como una continuidad con las posturas que apoyaron al terrorismo o no se le opusieron con contundencia. Consiste en la interpretación «amable» de la «lucha armada» –la forma nacionalista de designar al terrorismo– y rehúye la confrontación con la historia académica. Tiene la ventaja de los apoyos públicos. Parte de la idea omnipresente del conflicto. El conflicto metahistórico, si se quiere, puede hundir sus raíces en diversos tiempos: cabe remontarse incluso a las guerras carlistas, aunque este recurso sea infrecuente, quizás porque requiere una capacidad retrospectiva de la que se suele carecer. Por lo demás, esta versión del conflicto mezcla en la misma versión guerra civil, represión franquista, ETA, GAL, terrorismo, víctimas, estado opresor, pueblo vasco, etc. Todo entra en el mismo saco para proponer un determinado relato, que presente los siguientes mensajes:

Primero. Un final sin vencedores ni vencidos. La formulación, de apariencia benévola, tiene dos consecuencias graves: imponer la interpretación de que hubo una guerra –no el

12 Fernando MOLINA: «El conflicto vasco. Relatos de historia, memoria y nación», en Fernando MOLINA / José Antonio PÉREZ (eds.): *El peso de la identidad: mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 181-223.

13 Luis CASTELLS: «Las víctimas del terrorismo. La cuestión del relato», *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 21 (2014), pp. 331-344.



En la conferencia de Fernando Savater en la Institución Fernando el Católico, con Aurora Egido a la derecha, 2011.

acoso del terrorismo a la democracia-, expresión a su vez de un conflicto vasco secular; y equiparar a las dos partes que habrían combatido, cuyas interpretaciones quedarían intelectualmente igualadas.

Segundo. Una interpretación que justifica la «lucha armada» como reacción a la guerra civil o a las múltiples violencias que se cernían sobre «nosotros, los vascos».

Tercero. Implícitamente, justifica la equidistancia entre dos bandos en conflicto, lo que se llamó «mirar para otro lado». En este planteamiento queda en cierto sentido como la postura razonable ante un conflicto que generaba violencias alrededor.

Cuarto. Este particular revisionismo reconoce víctimas del terrorismo, pero lo hace como la manera de reconocer a todas las víctimas. Con tal planteamiento, el terrorista se convierte en una víctima de un conflicto trascendente, que le forzó a asumir un papel defensivo en el conflicto.

Se vierten así distintos conceptos: la víctima que lo era por representar a la parte agresora del conflicto; la víctima colateral, que se justifica como inevitable en una guerra; el joven luchador que fue víctima del conflicto pues tomó las armas para defender al pueblo vasco; los pacíficos ciudadanos que estaban en medio de diversas violencias de origen histórico y que hubieron de mirar para otro lado.

Hay revisionismos históricos dotados de una particular agresividad: no buscan solo justificar el pasado sino también el futuro. Probablemente todos presentan una intencionalidad parecida.